

Solimana y Marcantonia

Cuando a las siete de la mañana el señor Andreani estaba llevando el desayuno a su mujer, se había despertado la señorita Solimana, de años cuarenta y cinco (demostraba diez menos), belleza fuera de lo común, peso, altura y medidas ideales.

“Dale Marcantonia, despertate que son las siete” dijo a su hermana, que estaba durmiendo en una camita turca, al lado de su enorme cama matrimonial.

“Tengo sueño...”.

“¡Dale, levántate!”.

“Hace frío...”.

“Si no hiciera frío, no te llamaría para prender la cocina. ¡Dale, movete!”.

Las hermanas Paganini eran las propietarias de la mercería del pueblo. Sólo artículos de primera calidad, vale la pena aclarar. Sus estrafalarios nombres eran el producto del amor desmedido que por la historia antigua había cultivado en vida su difunto padre. No pudiendo tener hijos varones, había pasado al femenino el nombre de sus personajes preferidos. En realidad, del negocio se ocupaba únicamente Solimana. Marca Antonia, llamada Marcantonia para facilitar la pronunciación, hacía lo que podía en casa.

Marcantonia, de años treinta y ocho, solterona como su hermana, cuerpo amorfo, mirada bovina y cabellos ralos, se levantó de mala gana y permaneció sentada en el borde de la cama.

“¿Te querés mover de una buena vez?”.

Marcantonia se puso la pantufla derecha en el pie izquierdo, la pantufla izquierda en el pie derecho, después trató de levantarse, pero cayó al piso.

“¡Qué desgracia! Esto no es vida” se lamentó Solimana. Marcantonia era su castigo. No es fácil vivir con una retardada mental. Contrariada por tener que abandonar las sábanas calentitas, se levantó y ayudó a su hermana a alzarse. “Prendé la cocina y poné a calentar el agua que tengo que bañarme”.

Todas las mañanas la misma historia. Solimana volvió a la cama, agarró el *Para Ti* que estaba apoyado en la mesita de luz, y empezó a hojearlo. Había visto un modelito que le gustaba y quería mostrárselo a la modista. Era una ladrona, pero la única decente. Con semejante marido atorrante, forzosamente tenía que cobrar caro. De repente se acordó del hijo. ¡Qué chico estúpido! Desde cuando había pasado *eso*, no venía más al negocio y escapaba aterrorizado apenas la encontraba. Por ese lado, podía estar tranquila. Si le tenía miedo, no habría hablado. Aunque si no era tranquilizador estar en manos de un chico... Para el matrimonio todavía faltaba, pero no le gustaba andar a las corridas; si no, podía ponerse el trajecito azul. Un trajecito azul siempre queda bien. Ya se lo habían visto, pero paciencia. De repente sintió un estruendo que provenía del patio. Marcantonia. ¿Qué hacía en el patio con semejante frío? Esa mañana había empezado mal. Se levantó, era inútil seguir dando vueltas en la cama. Se sacó con cuidado la redecilla de la cabeza, se la ponía todas las noches para no despeinarse. A la peluquería sólo podía ir el sábado a la tarde. Ella cerraba el negocio, no le gustaba decir mercería, el sábado a la tarde: el famoso sábado inglés. Se puso el desabillé que olía a jazmín, el sábado también lavaba el desabillé, y fue hasta la cocina. Marcantonia había hecho todo como es debido: la olla con el agua estaba sobre una hornalla, la cafetera (con tres cuartos de agua y tres cucharadas de café) sobre la otra. Las dos prendidas. A veces ponía la olla y se olvidaba de prender la hornalla, o prendía la

hornalla con la olla vacía. Había dejado la puerta del patio abierta y entraba un viento helado. ¿Qué estaría haciendo esa inútil afuera? Sintió un ruido que provenía de la despensa. No era la primera vez que encontraba a Marcantonia en la despensa. “¿Me podés decir qué estás haciendo afuera?” le gritó Solimana desde la cocina.

“Nada estoy haciendo yo. Andate, andate, andate”.

No era una buena señal cuando Marcantonia repetía tres veces la misma cosa. Miró la hora: ocho menos veinticinco. “Dale Marcantonia, el agua está hirviendo. Llená la bañera que se me hace tarde, después prepará el desayuno y no lambás nada”.

Silencio. Esperó un momento, la llamó de nuevo. Nada. Maldiciendo su suerte, decidió ir hasta la despensa para ver qué estaba pasando. Abrió la puerta y encontró a su hermana con la pala en la mano. La miraba con odio, y cuando quiso acercarse alzó la pala con intención de golpearla.

“¿Me podés decir qué estás haciendo con esa pala?”.

“Andate, andate, andate”.

Trató de sacarle la pala. Marcantonia no la soltaba, su mirada bovina se había vuelto maligna. Solimana sintió un escalofrío recorrerle la columna vertebral: Marcantonia había prendido la vela, y la llama movido por el viento producía sombras siniestras en sus facciones de retardada. Suspiró resignada. A este punto no le quedaba otra alternativa: “Dame la pala y andá para adentro, si no, llamo a mamá”.

“¡No! ¡Mamá no!”.

Marcantonia soltó la pala y salió corriendo. Solimana la levantó y la apoyó contra la pared. Después vio la estantería metálica en el piso. Era ése el estruendo que había sentido. Las cosas que estaban arriba se habían desparramado por el piso. Ahora no tenía tiempo de poner en orden. Apagó la vela

de un soplido, cerró la puerta de la despensa. No le gustaba asustar a Marcantonia con la madre, pero cuando se encaprichaba, era la única manera de hacerla entrar en razón. Cuando volvió a la cocina, Marcantonia estaba ocupadísima dando los últimos toques. Ya había llenado la bañera, puesto la ropa interior sobre la silla y el toallón en el respaldo, cosas que normalmente tenía que repetirle como mínimo tres veces para que las hiciera. Se sacó el desabillé, el camisón (no usaba nada debajo), y se zambulló lentamente en la tinaja. Hasta había logrado obtener la temperatura justa del agua, después de todo, no es una mala idea asustarla cada tanto con mamá.